

El mentidero de la Villa de Madrid



Mentidero de las Gradas de San Felipe el Real

Nº 702 – Viernes 9 de Diciembre de 2022

Se comenta en los mentideros madrileños...

- ✚ **El miedo o la cobardía**, *Emilio Álvarez Frías*
- ✚ **La Constitución amenazada**, *El Debate*
- ✚ **La recta final**, *Juan Van-Halen*
- ✚ **El águila de San Juan**, *José M^a García de Tuñón Aza*
- ✚ **Últimos cartuchos**, *Ángel Pérez Guerra*
- ✚ **La izquierda y la Constitución**, *Antonio Caño*
- ✚ **¿Podemos estar tranquilos?**, *Jesús Cacho*

El miedo o la cobardía

Emilio Álvarez Frías

Todavía viven no pocos españoles que pueden afirmar, y firman, que, con muchos más problemas que ahora, se vivió la salida de una guerra, la conversión de una España anticuada y decrepita en una España actualizada, una España creativa, con ideas, que levantó un poderío industrial del que seguimos viviendo, con gente dispuesta a trabajar y estudiar al mismo tiempo, creando casi todos los adelantos sociales existentes hoy (en algunos



casos más, pues algunos los echaron por tierra los nuevos caciques), potenciando prácticamente todos los sectores de vida de los españoles, elevando a una gran mayoría de ellos a clase media cosa que ahora se va desmoronando, consiguiendo un Seat 600 como maravilla de coche para disfrutar con la familia, y un sin-

fín de posibilidades que sirvieron para que la transición pudiera seguir con el progreso. Pero los herederos, como los nuevos ricos, no supieron aprovechar ese río que continuamente avanzaba por un cauce más o menos seco. Aunque si supieron tomar desde el principio el axioma de Carmen Calvo de que el dinero público no es de nadie sin aberlo aprovechar bien.

No supieron coger con el mismo ímpetu, igual deseo de progreso, y, sin ningún pudor, cambiaron las normas por otras que, pudiendo ser buenas, no consiguieron encaminar adecuadamente. ¡O fue miedo! ¡Acaso cobardía!

Y, como principio, intentaron barrer lo que les estorbaba por lo que fueron suprimiendo las raíces, se quedaron solo con la flor, y, lógicamente, se fueron resecaando los campos y convirtiendo en un erial. Erial sobre el que han intentado sembrar sus principios sin conseguir resultados positivos para un progreso asentado en simientes fértiles y fructíferas. Barrieron mentalmente los cuarenta años productivos y con ello, como decimos, se fue perdiendo la buena simiente.

Sin ir más lejos, ahora mismo, a las dos y pico de la tarde, en el vodevil de actualidad de TVE1, acabo de oír a una moza, con gestos alocados, soltar una sarta de barbaridades e imbecilidades de tal calibre que era suficiente para que la retiraran la acreditación de periodista, si lo era. Todo ello, con el fin de defender alguna de las sandeces que se ponen en marcha, lo hizo echando manos de «todo el infierno que representaban los cuarenta años» a los que nos estamos refiriendo, «similares a la actuación de la Alemania del Reich».



¡Qué pena de gente! ¿Por qué no estudiaran un poco para saber de qué hablan? Todo el ardor de la chica era para comparar aquellas «dictaduras infames» con algo que no tenía nada que ver.

Dejando que por la pantalla siguieran diciendo sandeces, dediqué la mañana a visitar varios de los mentideros que, aprovechando la fiesta de la Constitu-

ción, estaban en pleno apogeo tratando el tema, y poder pulsar en caliente la opinión de los diferentes contertulios. El sentir obtenido de todos ellos era muy parejo: que la fiesta presentaba unos enormes síntomas de tristeza, encabezados por quienes tienen el cedazo y no saben cerner la mies.

¡Vaya celebración de festividad izar una bandera en la puerta de casa, solo para los amigos, sin que se encontrara presente el pueblo de Madrid ni la representación popular de toda España! Según el folleto explicativo para los que acudían al acto, era solo en homenaje a las Cortes Generales y la cosa estaba organizada por el Estado Mayor de la Defensa. Siendo la opinión de los parlamentarios de los Mentideros de la Villa de Madrid, un acto triste, pues si la Constitución es de todos los españoles que la hemos votado en referéndum, el homenaje que se haga con motivo de su cumpleaños ha de ser de toda la nación como refrendo, y no solo del grupo de amigos que se sientan en los escaños.

Y sobre todo escondido el acto en la carrera de San Jerónimo para poder cortar y controlar toda otra asistencia de público, caso de que de forma espontánea acudiera.

La historia no se escribe a cachos según el humor de los dirigentes, según resulta evidente y está demostrado a lo largo de los siglos. Se escribe tal como sucede, teniendo en cuenta lo anterior para mejorarlo si es posible, para actualizarlo si los tiempos lo aconsejan, pero no cortando de raíz por cualquier lado para implantar un nuevo modo. Y mucho menos para querer implantar de nuevo un trozo de esa historia que fue funesto, que hubo que seccionar y limpiar para aprovechar lo bueno que se arrastraba desde hacía siglos.

¡Qué pena, querido Miquelarena! Andamos con miedo o con cobardía.

La Constitución, amenazada

Nunca desde 1978 la Constitución ha estado tan en la diana, por el irresponsable sometimiento del Gobierno a quienes nunca la quisieron

El Debate

En 1978, el pueblo español hizo un espléndido ejercicio de inteligencia, generosidad y convivencia al aprobar una Constitución que, a la letra de sus artículos, incorporaba un espíritu de conciliación clave para garantizar la creación de un espacio común que integrara, en un proyecto mayor, todas las sensibilidades, creencias y expectativas.

La Carta Magna fue, y es, un esfuerzo para anteponer lo que une a lo que separa y, desde renuncias parciales en aras de un bien mayor, consolidar una democracia sustentada en la libertad, los derechos y las obligaciones.

El salto del Régimen al Estado de derecho fue modélico, hasta el punto de que se estudia a España en todo el mundo como ejemplo de país capaz de cerrar las heridas de sus mayores traumas para construir un proyecto nuevo donde



quepan todos y se pueda aspirar a todo, respetando siempre los procedimientos.

Las amenazas a la Constitución fueron, ya desde el primer momento, inmensas: el terrorismo y las tensiones separatistas se consolidaron como un gran desafío que, a la vez, puso a prueba las nuevas herramientas del Estado y la resistencia de la sociedad, eficaces en el primer caso y formidable en el segundo.

Y, con otra cara tal vez, ambos problemas se han mantenido hasta llegar a nuestros días, con una novedad inquietante: si antes estaban ambos fenómenos a un lado y en el otro, enfrente, todos; ahora España tiene un Gobierno más cercano al lado oscuro.

La connivencia de Sánchez con Bildu y ERC es de la misma gravedad o superior al problema original, tan doloroso como en realidad marginal si se man-

tiene aislado. Y no lo está, hoy en día, por el pavoroso blanqueamiento impulsado por Sánchez, necesario para tratar de adecentar su indecorosa alianza con esos partidos.

Y a ello hay que sumarle otra intervención, la de Podemos, una formación que siempre ha dejado claro que su gran apuesta es abrir un «nuevo periodo» constituyente que ponga fin al «Régimen del 78», tildado con el mismo desprecio con el que trata a la cúspide del edificio constitucional, la Monarquía Parlamentaria.

España está hoy en manos, pues, de un Gobierno que se salta todas las líneas rojas del 78, acepta reescribir el relato de lo ocurrido desde entonces y alimenta los peores objetivos de los únicos grupúsculos que no aceptaron la Transición y han hecho del derribo del sistema su gran anhelo histórico.

La robustez constitucional se sustenta en la difícil reforma de su articulado, desde luego; y en el abrumador rechazo ciudadano a todo aquello que, lejos de reforzar su espíritu, atente contra él. Pero si algo ha dejado claro Sánchez es su capacidad de saltarse los límites por la puerta de atrás, carcomiendo poco a poco los cimientos constitucionales y devaluando luego los contrapesos legales mediante el sistemático acoso a la separación de poderes.

Ninguna Constitución es perfecta, pero si algo necesita la española es reforzar su valioso genoma, y no degradarlo por las necesidades y peajes de un presidente sometido a todo aquello que los españoles repudian.

La recta final

Confío, como tantos españoles, en que la historia no continúe escribiéndose desde la traición a golpes del chantaje de un puñado de votos en el Parlamento

Juan Van-Halen (*El Debate*)

Escritor. Académico correspondiente de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando

La diferencia del que vivimos con otros momentos en la historia de los nacionalismos caseros, ahora independentismos, es que por primera vez lo pilota un presidente del Gobierno contra su propia nación, su Constitución y su historia con el único objetivo de sacar beneficios políticos personales a corto plazo. Por eso la situación es tan grave. Sánchez repite que el conflicto catalán es menos violento que hace cinco o seis años. ¡Claro! Cuando un ladrón entra en tu casa, le reconoces su derecho a robarte y le ayudas a llevarse tus pertenencias ¿cómo no te va a complacer? ¿te va a abofetear? Sánchez da a los independentistas todo lo que le piden aunque siempre exigen más y él, cínico y débil, nunca dice que no.



Francesco Guicciardini, considerado padre de la historiografía moderna, embajador de la Florencia de los Medici ante el Rey Fernando el Católico, dejó páginas inteligentes y esclarecedoras sobre aquella Corte y aquel tiempo,

desde su cercano trato con el Monarca, en *Relazione di Spagna*. Ahora muchos tendrían que leer a Guicciardini porque resulta que la unidad de esfuerzos y de destino que él admiraba en la España de 1511 es, cinco siglos después, una realidad en grave riesgo y hay quien se cuestiona si España es o no es, debe vivir hacia el futuro o debe volver atrás cinco siglos, a fragmentarse y, en definitiva, a desdecirse a sí misma.

En España los nacionalismos fueron el desbordamiento de los regionalismos con el romanticismo al fondo; más sentimiento que estrépito. La mayoría de las regiones no traspasaron los límites de las tradiciones, de la lengua y de los llamados hechos diferenciales que, además, venían de atrás y nunca habían representado exclusiones o rupturas. Pero el País Vasco, Cataluña y, en mucha menor medida y con bien distinto desarrollo, Galicia (ahora hay que sumar la aberración de los llamados países catalanes), se desviaron y aprovecharon en su expansión hacia la diferencia radicalizada y excluyente las contradicciones, debilidad, ligereza y mediocridad de políticas y de políticos que no supieron o no pudieron responder con altura de miras y convocatorias atractivas al tirón ciertamente egoísta de un oportunismo disgregador que aprovechó las situaciones críticas de la realidad nacional.

Esos nacionalismos tomaron pulso en épocas de decadencia española. En el País Vasco, además, se alimentó en el fracaso de la experiencia carlista y el final de aquella guerra, y en Cataluña, como reconoció Cambó, bebió también en una percepción de la rápida y



creciente riqueza entendida pronto como superioridad. Los fueros y las leyes propias supusieron más un pretexto para invocar agravios que una realidad porque, en definitiva, encorsetaban la expansión de aquellas regiones que se abrieron pronto económica y comercialmente al resto de España y al mundo.

En contra del proclamado victimismo, el País Vasco y Cataluña fueron regiones mimadas por los Gobiernos españoles, destinatarias de enormes inversiones, con sus industrias protegidas y sus economías primadas.

Cerca y tras el desastre del 98 los regionalismos románticos crecieron, se tensaron y se convirtieron, ya sin careta, en nacionalismos. Otra vez aprovecharon la debilidad de una España noqueada, desnortada y sin pulso con Gobiernos pusilánimes, sin valores, sin principios, y que en ocasiones ponían en duda el mismo concepto de nación. Luego, ya lo hemos vivido, a cambio de apoyos parlamentarios de uso inmediato, esos Gobiernos daban alas a quienes se habían inventado una fabulosa historia propia. Desde Felipe González todos los Gobiernos han sido culpables. Eso, elevado a despropósito y a traición, es lo que padecemos en la España de Sánchez.

Se miente la historia. No existió nunca una guerra entre España y Cataluña ni fue sojuzgado el País Vasco, y la historia está plagada de gloriosas aportaciones de vascos y catalanes en todos los ámbitos de la vida común. Los muchachos de esas dos regiones no lo saben porque en sus planes de estudio se les oculta la realidad, y ello se debe a la culpable debilidad de los sucesivos Gobiernos al desactivar la inspección educativa.

En esas regiones, unas clases políticas egoístas que optaban y optan por su disgregación de la realidad común y que no miraban ni miran más allá de sus ombligos, condenaban y condenan a sus pueblos a afrontar una apuesta llena de riesgos, sin sentido, fuera de la realidad y de lo razonable, y anacrónica en un tiempo de globalización. El independentismo supone hoy un equilibrio sin red. Tengo muchas dudas de que los nacionalistas del siglo XXI busquen realmente la independencia. Lo que quieren es sacar réditos de esa amenaza en su beneficio, sobre todo el de sus clases altas. Otra falsedad es que actúen para el pueblo; se mueven para los poderosos.

Me temo que estamos en la recta final. Los designios de Sánchez son claros con su okupación de las instituciones. Cambiará la Constitución por la vía interpretativa, todo avalado por «su» Tribunal Constitucional. Por ejemplo para hacer posible un referéndum catalán desde el artículo 92. Para salir al paso de lo que no sería otra cosa que una nueva traición tendría que existir una responsabilidad mayoritaria de los españoles superando la pereza y el miedo, y una movilización electoral sin confusiones. Si es que hay elecciones limpias; me permito dudarlo visto lo visto.

Confío, como tantos españoles, en que la historia no continúe escribiéndose desde la traición a golpes del chantaje de un puñado de votos en el Parlamento.

El águila de San Juan

José M^a García de Tuñón Aza

Da ha pasado el 20-N, fecha que pone histéricos y excitados a unos porque otros la recuerdan al cumplirse el cabo de año de la muerte de Franco y José Antonio. Ahora, acabamos de pasar el aniversario de nuestra Constitución que, como cualquier ilustrado y docto sabe, fue aceptada en su día por la mayoría de los españoles. Pero contrariamente a lo que muchos piensan, el actual Escudo Nacional no está recogido en la Constitución de 1978 la más longeva de nuestra historia, después de la de 1876. No es, por tanto, un escudo constitucional en el sentido estricto de la palabra. El ejemplar firmado por el rey y los constituyentes en 1978, figuraba el escudo con el águila de San Juan en la versión modificada por el Gobierno de Adolfo Suárez en 1977 y que, tuvo una vigencia



temporal muy corta, de 1977 a 1981. Es decir, tampoco era el águila que, provenía del escudo franquista como algunos incultos, de nuestra historia, repiten como papagayos, si no de los Reyes Católicos Isabel y Fernando, o Fernando e Isabel, tanto monta. Pero los tontos de turno –hay varios y de distinto pelaje– han querido calificar ese escudo de anticonstitucional, de fascista, y, para rematar, también de franquista. Todo ello revela una gran ignorancia histórica pues el escudo con el águila fue establecido en el primer acto de gobierno de Fernando II de Aragón e Isabel I de Castilla el 15 de enero de 1475. Aunque, también es cierto que, durante el franquismo y la posterior transición, se sustituyó el símbolo de las Dos Sicilias por el de Navarra. Se incorporaron a su vez las columnas de Hércules y la cinta con el lema «Plus Ultra», de versiones anteriores del Escudo Nacional, y la divisa de los Reyes Católicos: «Tanto monta» fue sustituida por las palabras «Una, grande y libre».

Pero por ese afán de revanchismo que nos ha traído la izquierda sin que la derecha hiciera nada por evitarlo, han propagado esa mentira ya citada, de anticonstitucional, fascista y franquista, al mismo tiempo que, nada les importaba con ello falsificar la historia, algo que hacen a las mil maravillas, porque la política, como sabemos, es el arte de la manipulación, cuando está claro que los orígenes del escudo del águila se pierde en el tiempo pese a que, los herederos ideológicos del deplorable Rodríguez Zapatero, quisieron tener en cuenta, en la entonces Ley de la Memoria Histórica, cuando les interesa y en el momento que les conviene. Calificar, pues, el águila de San Juan, como he repetido, de anticonstitucional, franquista, y, también fascista, es totalmente falso e incorrecto. Sin embargo, el 1981, por ley de 5 de octubre, se sustituyó aquel escudo por el actual.



Para conocer mejor de lo que escribo, he estado repasando algunos libros sobre nuestra Constitución. En mi lectura, no faltó lo que escribió Ramón Tamames en su *Introducción a la Constitución Española*, en su novena edición con prólogo de Adolfo Suárez. También he repasado el de Joaquín Aguirre Bellver *Así se hizo la Constitución*, autor, asimismo, entre otros muchos libros, de «José Antonio y las 200 familias». Pues bien, ninguno de los dos mencionados cita el escudo. Pero sí recordaba, haber leído en otro medio y, en otro tiempo, que la delegación en Bruselas del PSOE, partido que hoy dirige el viajero Pedro Sánchez I el mentiroso, como así lo suelen calificar algunos, con toda la razón del mundo, se quejó, en su día, a José Bono, cuando éste era presidente del Congreso de los Diputados, de que en la exposición de la Eurocámara figurase una Constitución con símbolos franquistas: «No es procedente la exhibición de símbolos inconstitucional-

les o antidemocráticos, ni de España ni de ningún país de la Unión Europea», aseguró entonces, la ignorante mujer europarlamentaria socialista María Muñoz de Urquiza..

Toda esta serie de indocumentados, no saben que no se puede ir en contra de la historia y la historia es la que fue. Bien es verdad, como hemos repetido,



que una nueva ley cambió el escudo, pero en la Constitución que firmó el rey estaba la encabezaba el águila de San Juan, y eso es intocable. Es como si el escudo que ilustra *La Siete Partidas* de Alfonso X el Sabio que, constituyen un cuerpo normativo redactado en Castilla durante el reinado de este rey, lo quisieran sustituir ahora, estos incapacitados que nos gobiernan, por ejemplo, por el puño y la rosa, logotipo socialista o por la hoz y el martillo, logotipo comunista que ya fue exhibido, hace poco, por un marxista en el Parlamento de todos los españoles, sin que nadie le llamara la atención. Aquí vale todo menos llamar a unos y unas fi-

loeterras palabra que le valió la expulsión de la tribuna a la parlamentaria Patricia Rueda. Pero no quiero dar ideas porque toda esta serie de iletrados serían capaces de sacar una ley para hacer ese cambio. Todo es cosa de que se le ocurra a algún descerebrado o descerebrada. Ejemplos hay varios.

Ultimos cartuchos

Ángel Pérez Guerra

El enconamiento creciente que domina la vida pública española, de arriba abajo y no al contrario como suele ser habitual, ha entrado en una nueva fase, más aguda y con algo de terminal. Puede resultar fatal para la misma supervivencia de España; en todo caso, ha escalado cumbres cuyos únicos precedentes hay que buscarlos en la dinámica desintegradora de aquella II República tan disolvente como la primera. Alguien ha decidido prender la mecha cuyo fulminante es esa hinchada socialista que sacrifica



cualquier reparo de sentido común a la vaca sagrada de la unidad disciplinada. Cómo será de siniestra la película de los hechos, que un mudo Felipe González ha hablado. Es el expresidente la única voz notable de la Transición que continúa con vida. Como suele, se ha hecho de rogar. La ruptura de su silencio proverbial es un indicador evidente de que las líneas rojas se

han sobrepasado. En realidad, los pasos amenazantes se vienen sucediendo desde la misma moción de censura que engendró, embrionariamente, un Gobierno monstruoso. Pero ha sido este otoño cuando el trote gubernamental ha

mutado en galope y va camino de entrar en paroxismo histérico que puede escribir el peor año de la historia española desde la guerra.

Dentro de esta espiral de enajenación dispositiva, ha habido un incidente parlamentario, inscrito en la semana negra que acabamos de cerrar, con un significado en modo alguno baladí, y que se aparta del folklorismo podemita para revelar un estado de ánimo socialista próximo al ataque de nervios. Tengo escrito en este blog que no convenía perder de vista a un tal Alfonso Gómez de Celis. Lo dije cuando todavía Espadas no era candidato oficial a presidir la Junta de Andalucía. En aquel artículo, que preparé detenidamente para documentarme bien, señalaba varios datos con recorrido futuro. Básicamente, se trataba de llamar la atención sobre un hombre gris que sin embargo era ni más ni menos que el taumaturgo de Sánchez, el que había hecho el milagro de dar la vuelta a su destino y pasar de un PSOE cuyo comité ejecutivo federal había defenestrado con deshonra a su secretario general a otro partido que le reclamaba con los brazos abiertos. El artífice de dicha alquimia no era otro que quien la otra mañana expulsó de la tribuna –a él se le escapaba insistentemente «escaño»– a Patricia Rueda, diputada de VOX, por haber llamado «proetarras» a los proetarras. Tengo para mí que, conscientemente o no, el vicepresidente primero del Congreso pensaba en otros proetarras, no



exactamente en los socios del Gobierno. Así lo interpretó –pregunta retórica incluida– desde su escaño (ahora sí) Santiago Abascal al día siguiente dirigiéndose a Sánchez, durante una intervención en la que nadie pudo cortarle el micrófono.

El trianero y eterno rival de Susana Díaz desde las Juventudes Socialistas Gómez de Celis actuó con prepotencia, abuso de superioridad (incluso física), sectarismo y descaro en uso de un rodillo que los socialistas han incorporado a la lectura de la Constitución generalmente aceptada: ellos y sólo ellos imponen lo que se puede decir y lo que no. En la misma tribuna del Congreso donde intentaba hablar la diputada de discurso abortado, se ha hecho trizas un ejemplar de la Carta Magna sin que nadie expulsara a nadie, por no recordar aquí la sarta de ofensas a la democracia desde allí vertidas, del tipo «España nos importa un bledo» y otras lindezas.

Al día siguiente, una envalentonada ministra que en su día difundió un vídeo contando con pelos y señales cómo causar más placer al macho en el acto sexual, se lanzó a la guerra abierta acusando al Partido Popular de fomentar la «cultura de la violación». Entonces no estaba Gómez de Celis en la Presidencia, sino una Maritxell Batet que reprendió con inusitado enojo a la ministra sexóloga. Todo había empezado, precisamente, días antes, por el famoso comentario de Carla Toscano, también de VOX, sobre el conocimiento exhaustivo de la persona de Pablo Iglesias por su esposa o compañera sentimental. La imagen final de los grupos parlamentarios de la oposición manifestándose a las puertas del Congreso para reivindicar su derecho a hablar en el

Parlamento sin ser pisoteados o silenciados, es un escándalo internacional que los medios no han querido «exagerar». ¿Se imaginan algo así a los pies del Big Ben, ante la Asamblea francesa o incluso en la Plaza del Parlamento de la capital italiana?

Como se ve, la coalición social-comunista se despereza. En ambientes de la derecha decidida se maneja como algo inminente una iniciativa muy seria contra VOX, que culminaría con su ilegalización. Sin dudas, tal cosa sería el detonante del abismo. Pero en todo caso, que el fontanero salvador in extremis de un Pedro Sánchez acabado y forjador de su estrellato entre la extrema izquierda secesionista, apriete el botón de la censura en plena sesión parlamentaria contra el único partido que puede abrir la puerta de salida a su jefe es indicativo de que algo en el PSOE huele a fracaso más o menos desesperado e inminente. Y de que el muñidor de la vuelta triunfal de Narciso Maquiavelo I, con su entrada en acción aprovechando un resquicio oportuno, está recurriendo a los últimos cartuchos de un arsenal cada día más esquilado, el de la confianza del electorado.

La izquierda y la Constitución

«Por razones inconfesables, la izquierda ha renunciado a celebrar el pasado luminoso de nuestra Constitución y da la impresión de aventurarse hacia un nuevo régimen»

Antonio Caño (*El Subjetivo*)

No he sido capaz de averiguar si fue el mismo día de entrada en vigor de la Constitución o en su primer aniversario cuando varios periódicos regalaron, insertada entre sus páginas, una reproducción en papel de la bandera de España. Yo entonces vivía en Moratalaz –para quien no conozca Madrid, un barrio mayoritariamente de trabajadores y gente humilde– y aún recuerdo la sorpresa y emoción con la que observé que muchas personas colocaron esa bandera en sus ventanas y balcones, lo que rápidamente pasé a hacer yo con la mía, que había obtenido con *El País*.

Eran otros tiempos. La Constitución había sido una gigantesca conquista, sobre todo para la izquierda, y fue la izquierda la que más celebró. No había, por tanto, en aquel gesto de la bandera colgada en un barrio de izquierdas ninguna muestra de resignación o derrota, sino todo lo contrario, de triunfo y, cuando más, de generosidad. Colgar en la terraza la bandera de España que *El País* había entregado a sus lectores era una manera de decir: esta bandera por fin es nuestra, por fin es de todos.



En los meses previos, el asunto de la bandera había sido objeto de debate, pero la izquierda de entonces, que, aunque procedía de una tradición republicana, era, sobre todo, pragmática, entendió rápidamente que la concesión sobre los colores de la enseña nacional era menor comparado con lo que se obtenía a cambio: la libertad, la democracia, la justicia, la igualdad; en definitiva, todo aquello por lo que la izquierda llevaba años luchando.

La Constitución era, sí, una gran conquista para España. Pero era, sobre todo, una gran victoria para la izquierda, que consiguió sacar adelante su versión del documento, –la única, por cierto, que nos equiparaba con Europa– y que, además, impuso una visión de la sociedad que ha sido dominante prácticamente hasta nuestros días.

Por eso resulta tan difícil entender hoy que la izquierda actual abomine de ese pasado y la emprenda a pedradas contra esa Constitución, bien de manera activa o pasiva. Uno de los partidos del Gobierno, Podemos, combate a diario lo que llama «el régimen del 78», al que alude como una herencia de Franco y no como lo que realmente fue, una gesta de los españoles actuando en su mejor versión. Los socios que sostienen con sus votos al Ejecutivo protagonizaron hace apenas cinco años un levantamiento contra la Constitución. Uno de ellos, Bildu, fue en su día conocido como la representación política de ETA, el único grupo que trató sistemáticamente de derribar nuestra democracia a tiros. El propio presidente del Gobierno decía hace unos días actuar en defensa

del «pasado luminoso del republicanismo».



Por razones inconfesables, esa izquierda ha renunciado a celebrar el pasado luminoso de nuestra Constitución y da la impresión de aventurarse hacia un nuevo régimen. Digo inconfesables porque nadie habla aun abiertamente de ello, pero esas son las intenciones

que se atisban en cada paso que esa izquierda da. El espíritu que forjó la Constitución, el de la moderación y el pacto, ha quedado barrido del escenario político. Los valores que se desprenden de nuestro texto constitucional – la igualdad de los ciudadanos ante la ley y el respeto al Estado de derecho – son sustituidos hoy por derechos confusos de minorías nacionales o sociales que enfrentan a los ciudadanos. Las mismas instituciones que la izquierda insistió en su día en proteger ante la falta de convicción democrática de la derecha, son hoy objeto de un asalto impúdico que mina su legitimidad entre los ciudadanos.

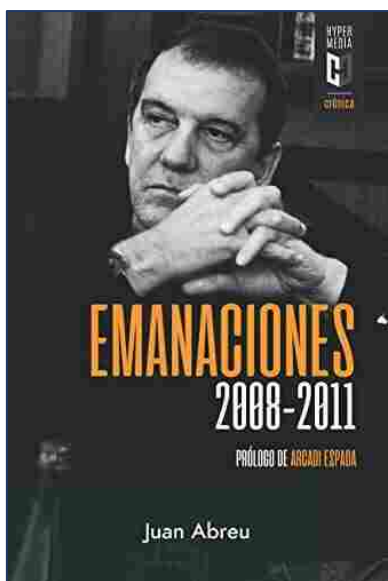
Olvidado ya el luminoso pasado constitucional, borrada la épica de aquel momento, derribadas las estatuas de los protagonistas de aquella obra –¿algún niño de un colegio en cualquiera parte de España es capaz de citar los nombres de los padres de nuestra Constitución?–, queda abierta la puerta a su destrucción.

Hubo un tiempo reciente en que se habló de reforma constitucional. Con buen criterio, se pensaba que algunos artículos de nuestra ley suprema requieren una puesta al día. Se entendía entonces que aquello habría que hacerlo con la garantía de lealtad de todos los implicados en el proceso. Ese tiempo ha pasado. Esa lealtad ha desaparecido. Hoy la izquierda tiene otro plan. Sin reparar en el hecho de que fue la izquierda la gran artífice y principal beneficiada del texto aprobado hace mañana 44 años.

¿Podemos estar tranquilos?

Jesús Cacho (*Vozpópuli*)

«Cada día que pasa me asombra más que los españoles sigan pensando que en las próximas elecciones generales votarán como hasta ahora en elecciones libres, limpias y democráticas, y no en unas elecciones trucadas a favor del partido socialista y del caudillo Pedro Sánchez». El párrafo es obra de Juan Abreu, escritor cubano afincado en Barcelona, y es copia literal de la entrada correspondiente al miércoles 30 de noviembre de su blog *Emanaciones.com*. Julio Valdeón, que lo entrevistó para *El Mundo* el pasado 1 de julio, describe a Abreu como «el pensador sin miedo que convive con el dietarista minucioso, el erotómano libérrimo y el antinacionalista comprometido, todos conjurados en una obra armada en favor de la belleza, la inteligencia y el placer».



Huido de la dictadura cubana en 1980 a bordo de un cayuco, Abreu lleva casi tres décadas instalado en Barcelona y convertido en un agudo, incrédulo, mordaz hasta rozar lo cruel, testigo de la realidad catalana y española. Perfecto conocedor de los horrores del castrismo, la de Abreu es una voz profundamente libre y desacomplejada, radicalmente comprometida con la verdad y sin un minuto que perder en pendejadas acomodaticias adosadas a lo políticamente correcto. *Emanaciones.com* es una ráfaga impetuosa de vida, una manantial de agua fresca, un torrente de ideas regeneradoras. Abreu o la libertad.

Días atrás, el escritor ampliaba sus prevenciones sobre los riesgos que acechan al español acomodaticio ante un personaje como «el caudillo Sán-

chez». Decía así el 14 de noviembre: «El PSOE de Sánchez se ha compinchado con los etarras, los golpistas tribales antiespañoles catalanes y los castro-chavistas de Podemos para llevar a cabo un golpe de Estado blando (sin sangre y con elecciones) que lo perpetúe en el poder (ya lo dijo el propio Sánchez hace unos días “por muchos años”). El fofo Feijóo no es contrincante para Sánchez. Ayuso, sí. Todos hablan de las próximas elecciones generales como del fin de Sánchez y en consecuencia del fin de la alianza antiespañola que encabeza. Bueno. ¿Qué les hace pensar que un político carente de escrúpulos, que

no se ha detenido ante el empujamiento del Poder Judicial, del CIS, la Fiscalía General y el Ministerio del Interior, que no ha dudado en torcer las leyes para acomodarlas a sus ambiciones de poder (y de dinero, consorte mediante), o en descabezar el CNI o a altos mandos de la Guardia Civil por motivos políticos, se detendrá mansamente ante la manipulación del conteo de votos en las elecciones generales? Ah, sí, me olvidaba, que en España eso no puede pasar. Ya me quedo más tranquilo».

¿Podemos estar tranquilos los españoles? Desde el 1 de junio de 2018, buena parte de la ciudadanía (incluyendo en ella a esa franja no desdeñable de centroizquierda civilizada refugiada hoy en el silencio) ha ido pasando de la perplejidad al estupor, del estupor a la resignación, de la resignación al miedo. Miedo a las iniciativas que, enfrentado a la posibilidad de perder la poltrona en unas generales, pueda tomar un tipo que no se para en barras a la hora de asegurar su poder saltando por encima de cualquier obstáculo legal. El nombramiento de Juan Carlos Campo y de Laura Díez como nuevos miembros del Constitucional (TC) ha sido la gota que ha colmado el vaso –si es que antes no lo hubieran ya colmado atrocidades como la colocación al frente de la FGE de otra ex ministra de Justicia, pareja de un juez expulsado de la carrera judicial por prevaricador, hoy convertido en millonario abogado de narcos– de esa prudente incredulidad que suele desembocar en la rada del miedo. El currículum de los nuevos magistrados es conocido. En el elenco de simpatizantes del socialismo rampante cabe imaginar catedráticos, abogados del foro y hombres de leyes que hubieran podido convenir al mameluco sin rozar el escándalo. Pero no, Sánchez ha elegido como enseña al que mayor alarma social podía provocar, al tipo más contaminado de sectarismo, al que más daño podía causar en términos de calidad institucional. Y lo hace como una provocación meditada, como la demostración de que hago lo que me sale de la entrepierna por encima de normas y convenciones. Por mis cojones, vaya, ¿pasa algo?



Tiene razón Abreu. Un tipo capaz de esto y más, ¿se detendrá mansamente ante la manipulación del conteo de votos en unas generales? Campo y Díez están llamados a componer en el Constitucional, con el futuro presidente, el fiel cancerbero Cándido Conde-Pumpido, la triada infeliz de comisarios del sanchismo encargados de validar leyes que en modo alguno aceptaría un tribunal independiente dispuesto a vigilar el estricto cumplimiento de la carta magna. Leyes que llevan recurridas hace tiempo, y leyes criminales desde el punto de vista de la nación soberana con las que Sánchez tendrá que seguir pagando el peaje debido a nacionalistas, separatistas y bildutarras, caso del referéndum de autodeterminación para Cataluña con el que podríamos toparnos antes incluso de que acabe 2023. Un presidente del Gobierno «normal» a quien le quedara apenas un año de ejercicio, con las próximas generales a la vuelta de la esquina, se abstendría por puras razones de decencia, por simple pudor democrático, de nombramientos como los citados llamados a bloquear

el Constitucional con un sesgo ideológico que no se corresponde con el peso electoral de su partido ni con el sesgo de las encuestas. Sánchez no, porque Sánchez no concibe la idea de perder el poder; Sánchez está convencido de gobernar al menos hasta 2027 si no más lejos. Y para seguir hasta el 27 necesita ese TC trufado de sectarismo izquierdista. ¿Decidido a quedarse aunque el conteo de votos diga lo contrario?

Este ya es el reino de la arbitrariedad y la mentira. También del miedo. Miedo lindero con el pánico, como el que sintió el presidente de Aragón, el socialista lamprea Lambán, cuando, bien instruido por un socialista decente como el asturiano Javier Fernández, tuvo el arrojo de decir que a España le iría bastante mejor con otro presidente del Gobierno. Una llamada al orden desde Moncloa y la amenaza de muerte en el inhóspito paredón de un amanecer cualquiera le hicieron cambiar de opinión enseguida, de modo que, postrado de hinojos, se afanó en pedir perdón y aceptar gustoso la penitencia impuesta por el gañán. Parodiando a Borges, «vuestra cobardía y nuestra desidia tienen la culpa de que el mañana y el ayer sean iguales». El país se ha acostumbrado a consentir y a sufrir una tropelía tras otra. Un torrente de mentiras que anega cualquier posibilidad de disidencia tanto en el terreno económico (la celebrada reducción del paro, o el milagro de los panes y los peces de los «fijos discontinuos») como político (el asalto a la valla de Melilla o la realidad de un crimen que el ministro Marlaska se pasa también por el arco de su delicada entrepierna). «Un régimen cautivo de sus propias mentiras debe falsificar absolutamente todo. Falsifica el pasado, falsifica el presente y también el futuro. Falsifica las estadísticas. Finge no temer nada, finge no fingir nada», Vaclav Havel en *The Power of the Powerless*.

El personaje se comporta como el emperador acostumbrado a decir y hacer lo que le sale de la punta del nabo. El jueves tarde, mientras en el Congreso



la banda que le sostiene aprobaba la supresión del delito de sedición, el lechuguino se exhibía en Doñana muy preocupado por el problema de los acuíferos. Ni se molestó en votar la ley más criminal, la que deja a la nación a merced de sus enemigos declarados, de las paridas por su Gobierno. Nuestro caudillo

hace lo que le place en todo momento y lugar. Cualquier desafuero le sale gratis. Lo advirtió Reagan: «La historia enseña que las guerras comienzan cuando los Gobiernos consideran que el precio de la agresión es bajo». Y por la mañana, en previsión de que los españoles, vana ensoñación, pudieran echarse al monte dispuestos a impedir tamaño crimen, Moncloa dio publicidad al envío a Su Sanchidad de un sobre pirotécnico que recuerda como dos gotas de agua las famosas balas del triste Marlaska o la «navajita platea» de

una ministrina de cuyo nombre no quiero acordarme. Cada vez que se le complican las cosas, sus edecanes abren el cajón y sacan alguna operación de «falsa bandera» con la que distraer la atención del personal. El país se desliza por la cuesta abajo de la dictablanda sin oponer apenas resistencia. «Francia no está decayendo más que otros países europeos», escribía esta semana Michel Houellebecq en *Le Figaro*, «pero tiene una conciencia excepcionalmente alta de su propio declive». España, no. Los españoles se han tapado ojos, nariz y boca para no ver, oler y gritar mientras la nave se desliza por el tobogán de la infamia.

¿Cómo hemos podido llegar hasta aquí? ¿Cómo hemos consentido tanto? ¿Por qué nos hemos rendido tan mansamente ante semejante bandido? Abreu ha escrito en su diario que «la exacta medida de la rendición española la dio la expulsión del rey de Gerona y el asunto del 25% de español en las escuelas». Tiene razón este cubano que ha probado las hieles del exilio y la crueldad de aquella Barcelona progre de los Jaime Gil de Biedma enamorados todos de Fidel, este cubano visceralmente reñido con la literatura de pitiminí que a diario destilan los culogordos del columnismo hispano: «Los gobiernos y la sociedad española han renunciado a una España de ciudadanos libres e iguales. Tanto la derecha como la izquierda han interiorizado la idea de la superioridad catalana y vasca. La aceptación y normalización de esa fantasía reaccionaria y racista es la prueba del éxito de los nacionalistas catalanes y vascos. Que el rey de España no pueda celebrar un acto donde crea conveniente en su país es una aberración. No acudir a Gerona es inclinar la cabeza ante los enemigos de los españoles libres e iguales. Es una derrota, no sólo de Felipe VI, de todos los ciudadanos españoles. Y en cuanto a andar rogando a los nacionalistas catalanes el 25% de clases de español, ¿a nadie le da vergüenza? Es algo grotesco. El idioma de España es el gran idioma español y debe enseñarse, sin cuotas, en todas las escuelas de España». En efecto, ¿a nadie le da vergüenza? ¿Queda esperanza? Alguien dijo que «no hay arsenal ni arma en el mundo tan formidable como la voluntad y el valor moral de los hombres y mujeres libres». ¿Quedan en España hombres y mujeres libres?

